



**Dieciséis restos de lunas en alguna ciudad y pueblos menores**

José Juan Bonhomme

A qué he venido? les pregunto.  
Quién soy en esta ciudad muerta?

...

..., pero dónde,  
pero dónde estuve, quién fui?  
No entiendo sino las cenizas.

Pablo Neruda, "Regreso a una ciudad", *Estravagario*.



I

Se tienden,  
se estiran,  
se elevan,  
descienden,  
se cruzan,  
se pierden,  
algo sucias,  
algo irregulares,  
algo imperfectas,  
como para tropezones,  
como para uñas carcomidas  
y calambres de manos.  
Son las calles,  
anchas o estrechas,  
da lo mismo,  
allí donde luchan  
el peligro y la aventura,  
transitadas  
por gestos y miradas,  
por bocas clausuradas  
en las esquinas beodas  
abandonadas al viento,  
por sombras,  
solo sombras,  
que persisten,  
implorantes,  
en llamarme  
para que testifique a su favor.



II

New York es una piedra donde brilla la luna.  
Manuel Ramos Otero, *El libro de la muerte*.

Odio voy repartiendo en cada paso.  
Sólo a veces, un atisbo de ternura  
irrumpe, inesperado, al ver una mujer.  
¿Qué es esto hiriéndome el costado en este ahora?  
¿Por qué se desinfla, acorralada, la ilusión?  
Ese ajeteo escandaloso,  
resonando en una piedra donde arde la luna,  
me aplasta, me calcina, me ha vuelto enano.



### III

Esta piedra desaliñada y tan llena de vida,  
creciendo desenfrenada entre montañas,  
¿perecerá ahogada en un diluvio de lunas?  
¿De dónde vendrá ese llanto amenazante,  
su sorpresa huracanada golpeando por la espalda?  
¿De Él? ¿De ellos? ¿De ti?



IV

Tu tarea, ciudadano,  
aprender, como esa luna,  
lo que es ser un solitario (de)más  
entre la muchedumbre.



V

Ya no aguardas milagros.  
La experiencia,  
esa maestra de todos,  
te ha enseñado  
el repique de los días  
afirmando tu destino.  
Aunque agites tus ahogos  
y los trastornos recurrentes,  
los de tus sueños,  
en el espacio del ruido  
y la vorágine,  
te devora la indiferencia  
de la piedra y la luna.



## VI

Alguien se detuvo, ante la puerta del castillo,  
para ver al gato nocturno, deambulando  
por una cascada de lunas, duras y grises,  
pisadas, ya sin sombras, por ambiciones y vicios.  
Allí donde reinaron las voces de los amos  
y las botas del gendarme ensuciaron las plazas  
y las monedas se unieron a un coro de campanas.  
Allí, donde un tufo colonial tiene su sueño  
y unos pocos ostentan el poder y los bienes  
y la ambición se pavonea en los escaparates.  
Donde la pesadilla transita, desorientada,  
doblando en las esquinas y espera,  
con mirada rencorosa, su víctima casual.  
Algo salva, imprevisto,  
a estas piedras y a esas lunas  
que golpean en los juegos de una noche,  
agitada, voraz, enemiga del silencio.  
Algo apuesta a los milagros de la aventura,  
tratando de hacerse amor mientras se esfuma.



VII

Me asalta el tiempo huido entre tus calles.  
Blas de Otero, *Bilbao*.

Dicen que no te he amado,  
que no he descrito  
tus casuchas descoloridas  
que miran el valle y el río,  
tus calles angostas  
donde reina el comercio,  
los cuatro o cinco logros  
de un polticaastro de turno,  
tus falsos días de gloria,  
tus hazañas raquílicas,  
que no te he amado,  
pueblo mío,  
porque no tracé,  
para ti, alabanzas,  
ni guarde tu memoria,  
fossilizándote,  
con los geranios de hierro  
dejando sus huellas de sangre  
en el candor del papel.  
Pero acá entre nosotros,  
por lo bajo,  
déjame confesarte,  
sin aplausos o absolución,  
esta extraña situación  
que perturba y duele:



que todos los días,  
diligente y sereno,  
bajo por tu calle principal,  
doblo a la izquierda  
y luego a la derecha,  
recojo a la familia y los amigos  
y me los llevo, secuestrados,  
para el rincón del alma  
donde habita la risa  
y está prohibida la entrada a los intrusos.

### VIII

Un silencio insinuante  
impera en ese otro pueblo,  
el de fantasmas,  
tendido, allí, en la pendiente,  
donde yacen, con la lluvia,  
el fango de los montes  
y los restos polvorientos  
de los que se consumieron  
entre el tedio y el trabajo,  
un silencio solemne  
que apenas desmerecen  
las pisadas y los sollozos,  
el olor de las flores,  
y los ladridos casuales  
de una perrera,  
vagabunda y hambrienta,  
que acompañan  
unas fechas y unos nombres.



IX

Y mis mejillas eran sal y lágrimas, pero eran las de un niño.  
Derek Walcott, *Omeros*.

Ayer volví a ti,  
hecho “sal y lágrimas”,  
de la mano que me legó  
la quemadura del amor  
y el libro de los deberes.  
Sí, retorné a ti,  
corriendo por tus calles,  
alegremente, ignorante  
de los temores que pueblan  
eso que llaman vida  
los adultos.  
Sonriendo,  
entre juegos y amigos  
ya perdidos para siempre,  
me fui gastando el tiempo  
para llegar  
a este simple lugar y gesto  
en el ahora que soy.  
Regresaron uno a uno:  
los perros callejeros  
y los gatos nocturnos,



la sombra harapienta,  
con su tufo a alcohol,  
que inspiraba temor  
y compasión,  
la gente seria e inútil  
de todos los días  
y mis aliados benditos  
que hicieron de la vida  
una rumba de risas  
y de sueños  
en lo incierto.  
Ayer volví a ti,  
pueblo tirado hasta el risco,  
para mirar, desconfiado,  
tu llamado progreso,  
tus calles agitadas  
por el ruido y la caterva,  
tu modernidad  
de aldea remozada.  
De dónde,  
—¿Algún día lo sabré?—  
me sale esta nostalgia  
y este sentirme lejos.  
¿Por qué te siento mío  
y abrumado,  
mascullando reproches,  
no puedo abandonarte?  
Miro la tarde vaciarse  
sobre los techos,  
los ruidos del trajín  
apagarse,  
las tiendas clausurar,  
las calles despoblarse  
y entonces,  
cuando nadie queda  
o apenas alguna sombra  
deambula por tus rincones,  
regresan ellos, los míos,  
intactos y risueños,  
sin las arrugas del tiempo,  
regresan todos ellos  
y me dicen  
que a pesar de las ruinas  
este es mi hogar.



X

Temible y aguardada como la muerte misma se levanta la casa.  
No será necesario que llamemos con todas nuestras lágrimas.  
Nada. Ni el sueño, ni siquiera la lámpara.

Olga Orozco, *La casa*.

La casa real,  
la verdadera,  
era un templo,  
hoy borroso,  
donde habitaban,  
libres y animados,  
los fantasmas.  
Allí, cada siete días,  
se vivía la maravilla,  
esa gran fiesta,  
de la sangre y el amor.  
Su tiempo,  
encendido de verde y azafrán,  
fue el reino de la inocencia,  
de la vida traviesa



que apenas las voces de ellas  
lograban contener.  
En su interior  
los pasos olorosos de sus risas  
se esparcían en el aire  
hasta que el laberinto de cuartos  
y figuras ajenas  
aburrían a los salvajes,  
que invitados por los adultos  
saltaban a sus afueras  
para vivir con la intensidad  
que sólo un niño sabe.  
Los fantasmas generosos  
vigilaban los juegos  
mientras los locos  
destrozaban la tarde  
y los mangos,  
contra el tiempo,  
tan francos,  
es decir, tan felices,  
que pedían que no se apagara el día.  
Después,  
con el ir y la muerte,  
llegaron otros  
y arrasaron la tierra  
y borraron los sueños  
y la casa quedó, allí,  
en sus manos,  
tan rancia y resignada  
que es hoy extraña.  
Por eso, la casa real,  
la verdadera,  
es ahora esta otra,  
la que no estuvo en el mercado  
ni tuvo precio,  
la que habita en el sueño  
y en el verso,  
donde perdura, para siempre,  
una niñez de fiesta en su jardín.



## XI

El pueblo de este sueño  
tiene huellas en las cimas de los montes,  
unos techos que se derraman por la ladera,  
calles estrechas transitadas por sombras  
y aceras agitadas con los murmullos de ellos.  
También dos edificios para albergar patanes,  
un cine con aventuras de risas y deseos,  
la esquina de mil noches con las voces amigas  
y el balcón con el niño mirándose ya viejo.  
Y más allá del borde del barranco,  
la serpiente de barro y lunas que baja por el valle,  
animales pastando sobre el furioso verde,  
sudores abandonados junto a una chimenea  
y una bandada de gaviotas, en el azul cansado,  
volando, como este sueño, hacia el ocaso.



XII

Hoy soy el otro,  
el que habita en los apellidos olvidados,  
el niño de la mano de su ángel,  
el que asustado escuchó los rezos por los muertos  
y vio bajar en el lodazal barcos y sueños.  
Hoy soy el otro,  
el que reía entre tangos con amigos  
el de noches de bohemias bajo faroles y lunas,  
el que creyó en la esperanza y en el pueblo,  
y apostó, porque era ineludible, a la justicia.  
Hoy soy cenizas,  
pero cuando volteo y miro  
en esas calles mudas veo rostros y sueños.



XIII

Para “El Nene de Lola”,  
“borracho de las calles de mi pueblo”.  
Silvio Rodríguez

Cuando llega  
y se anuncia,  
al doblar la esquina,  
los otros huyen, espantados,  
como ante un aparecido.  
Andrajoso y maloliente  
cruza la calle,  
siguiendo el llamado,



mientras dice, con humildad,  
su nada y sus deseos.  
Los celosos, temen.  
Ven en ese espejo corroído  
el espectáculo de un derrotado  
o al maldecido por el único dios  
que le sobró a la imaginación,  
algo así como el augurio  
de una debacle posible  
esperando, vengativa,  
para hacerse la vida.  
Lo miro, a la distancia,  
ir de una acera a otra.  
Algo invisible  
le desgarró su traje de joven  
y hurtó los zapatos infantiles  
que sus pies hinchados  
ya nunca podrán calzar.  
Según avanza, vacilante,  
y se cierra la brecha,  
me seducen sus gestos  
y decido, voy, me acerco,  
me coloco a su lado  
y me sorprenden, intactos,  
los latidos del mar.  
Mi presencia, apenas lo intimida,  
y discreto, continua en lo suyo,  
solemne, sin hablar latín,  
histrión en su ceremonia,  
mientras unas gotas de lluvia  
suavizan las iras  
del dios encadenado en el alcohol,  
ese que él sigue convocando  
con esa extraña plegaria  
que, no hay que adivinar,  
ha sido su única poesía.  
Mi mirada respeta su ritual.  
De repente se yergue,  
le brillan los ojos y consume,  
bebe la sangre  
de ese cáliz barato y desechable  
hasta perder el aliento  
y extraviarse en su sombra.  
Ahora, transmutado,



finaliza,  
se llena de alegría,  
cierra la última escena,  
se inclina hacia el silencio  
y bracea en su naufragio  
en busca del rumor  
y cuando ya parecía  
que nos marcharíamos,  
desconocidos,  
cada cual por su camino,  
mi hombro  
tropezó con su hombro,  
nos miramos,  
sonrió,  
me concedió permiso  
y por aquí voy  
sumergiéndome en él  
haciéndome su rito,  
su corazón que late,  
su plegaria descalza,  
su obstinada esperanza,  
tan inútil y fuerte,  
de mar.

## XIV

En las calles estrechas  
de esa ciudad amurallada,  
que no entiendo,  
hay una esquina,  
cuyo nombre he olvidado,  
donde siguen bailando,  
llenos de alcohol,  
los muertos.



XV

Abandonarme.  
Perderme en el hiato del rincón.  
Dejar que el mutismo  
se lo devore todo con su hambre  
mientras veo el miedo agazapado  
y al odio liberado



por los pasillos de la ciudad  
en esta noche extenuante  
donde no se hizo la luna.  
¿Queda un último amanecer  
para esta piedra mía?  
¿Queda alguna resonancia indiscreta  
que la fugacidad, prepotente,  
no consigue acallar?  
Sobre los vestigios  
es que labra un cadáver,  
espectáculo risible,  
ironía insistente,  
que se sacude,  
hace trazos,  
y alcanza su misión.

XVI

Mañana descansaré cuando anochezca.  
No delataré sus nombres a la Historia.  
Hoy, entusiasmado y agradecido,  
solo me toca caminar por esas calles



a jugarme con los fantasmas mis últimas apuestas.